



BAJO LLUVIA DE PLOMO

Francisco Javier Pagola

BAJO LLUVIA DE PLOMO



Primera edición: noviembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Javier Pagola

ISBN: 978-84-18958-70-0

ISBN digital: 978-84-18958-71-7

Depósito legal: M-33445-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis hijas Blanca y Begoña. Pertenecen a una generación
que ha de tener los ojos en el futuro, la cabeza en el presente y
el corazón en el pasado.*

*A los héroes que desde el anonimato han contribuido a la
derrota de ETA, muchos dando lo mejor de su vida y no pocos
su propia vida.*

A Flequi, Dani y Francisco.

Durante años, muchos cerraron ventanas y bajaron persianas. Pusieron candados a las puertas de sus casas. Y apagaron luces. No quisieron ver la fuerte lluvia de plomo. Ni dejarse ver. De los estragos mejor enterarse por la prensa, que así parecen más lejanos.

Ya escampará, dijeron. Y mientras tanto otros soportaban el intenso aguacero. Y escampó. Por fin llegó la ansiada primavera.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN LA BATALLA DEL RELATO	15
EL ESCENARIO UN PUZLE HECHO CON PIEZAS DE TERROR.....	21
PRIMERA PARTE LOS AÑOS DE CRUDO INVIERNO	27
CAPÍTULO 1 FUSILADOS EN LA NOCHE DE REYES.....	29
CAPÍTULO 2 AMISTADES PELIGROSAS	37
CAPÍTULO 3 UN DOLOR PREMATURO	41
CAPÍTULO 4 «MIRA, ESOS TRES SON POLIS».....	47
CAPÍTULO 5 DE ANIMADA CHARLA CON UN ASESINO.....	49
CAPÍTULO 6 EL PERIODISTA GREGORIO ORDÓÑEZ.....	51
CAPÍTULO 7 UN ATENTADO EN DIRECTO	55
CAPÍTULO 8 UNA RUTA INCIERTA	57
CAPÍTULO 9 TAQUÍGRAFO O TÉLEX PARA LAS CRÓNICAS	61
CAPÍTULO 10 EL VELÓDROMO DE ETA.....	65
CAPÍTULO 11 EJECUTADO EN EL MONTE.....	73
CAPÍTULO 12 LAS INQUITUDES DE ÁNGEL CARRILLO	77
CAPÍTULO 13 EMBOSCADA MORTAL EN ASTIGARRAGA	85
CAPÍTULO 14 EN LA DISOLUCIÓN DE ETA PM.....	99
CAPÍTULO 15 TRÁGICO «ERROR».....	103

CAPÍTULO 16 EL HÉROE NO TIENE QUIEN LE LLORE.....	107
CAPÍTULO 17 RENTERÍA, CIUDAD SIN LEY.....	109
CAPÍTULO 18 UNA BOMBA EN MI COCHE	133
CAPÍTULO 19 CONMOCIÓN POR EL ASESINATO DE CASAS.....	137
CAPÍTULO 20 CUANDO ETA SIEMBRA Y HB RECOGE	143
CAPÍTULO 21 SÍNDROME DE ESTOCOLMO.....	153
CAPÍTULO 22 DUELO Y LLANTO POR EL CAUDILLO DE ETA	157
CAPÍTULO 23 UN EMPRESARIO CORAJE.....	165
CAPÍTULO 24 EN BUSCA DE ATAÚDES BLANCOS	171
CAPÍTULO 25 KU KLUX KLAN EN «TERRITORIO TXEROKI»	187
CAPÍTULO 26 EL HACHA Y EL COCODRILO.....	195
CAPÍTULO 27 «¡NOS HAN CAZADO; ES UN ATENTADO!»	199
CAPÍTULO 28 PLAN PARA MASACRAR INTERIOR	217
CAPÍTULO 29 GENUFLEXO ANTE ETA.....	221
CAPÍTULO 30 RISAS Y PIPAS JUNTO AL CADÁVER	225
CAPÍTULO 31 EL PUÑETAZO DE MITTERRAND	229
CAPÍTULO 32 CAZADAS LAS «FUENTES» DE ABC	235
CAPÍTULO 33 SABINO ARZALLUS O XABIER ARANA	243
CAPÍTULO 34 BEIRUT, ¡QUÉ CERCA DE DONOSTI!	259
CAPÍTULO 35 «VOY A MORIR, MAMÁ QUE NO LLORE».	265
CAPÍTULO 36 EL OBISPO PASA DE LARGO.....	271
CAPÍTULO 37 DISPAROS CONTRA CIVILES	279
CAPÍTULO 38 MONÓLOGO CON EL HIJO AUSENTE.....	281

SEGUNDA PARTE RAYOS DE SOL ENTRE NUBARRONES.	289
CAPÍTULO 39 CINE BÉLICO LLEVADO A LA VIDA REAL.	291
CAPÍTULO 40 FUNERAL CON ESTAMPAS GOYESCAS.....	297
CAPÍTULO 41 LA «TRAMPA» DE LA GUARDIA CIVIL.....	301
CAPÍTULO 42 UN HIJO EN ETA.....	305
CAPÍTULO 43 EL <i>ERTZAINA</i> QUE DESAFIÓ A ETA....	313
CAPÍTULO 44 «CAMISAS NEGRAS» EN DONOSTIA	321
CAPÍTULO 45 CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA	329
CAPÍTULO 46 LA MUERTE REGRESA AL VECINDARIO..	353
CAPÍTULO 47 HB APUNTA Y DISPARA; ETA REMATA .	361
CAPÍTULO 48 LA ETARRA, LIBRE; SU VÍCTIMA, DETENIDA.	385
CAPÍTULO 49 DONDE LOS BICHOS NO HABITAN	393
CAPÍTULO 50 PARAGUAS BAJO LLUVIA DE PLOMO.....	399
CAPÍTULO 51 DE ETA A LA CUMBRE	405
CAPÍTULO 52 LA VENERACIÓN POR EL CRIMEN.....	413
CAPÍTULO 53 SE HACE CAMINO AL ANDAR	423
CAPÍTULO 54 CUANDO LA SERPIENTE MUDA DE PIEL	431
CAPÍTULO 55 LAS «RIKO TABERNAS»	441
CAPÍTULO 56 PATADAS A LA MEMORIA DEL NIÑO FABIO	451
CAPÍTULO 57 EL CALLEJERO ETARRA.....	455
CAPÍTULO 58 EL CALLEJÓN DE LA VERGÜENZA	465

TERCERA PARTE Y LLEGÓ LA ANSIADA PRIMAVERA	475
CAPÍTULO 59 EL ADIÓS A LAS ARMAS	477
CAPÍTULO 60 ENTRE LA NOSTALGIA Y LA ESPERANZA	489
CAPÍTULO 61 PONGAMOS NOMBRES A LOS NÚMEROS	
521	
CAPÍTULO 62 QUE EL CANTÁBRICO SE LLEVE EL	
ODIO	541

INTRODUCCIÓN

LA BATALLA DEL RELATO

Cuenta Paul Preston, en su interesante ensayo *Idealistas bajo las balas*, los muchos obstáculos que tuvieron que salvar la mayoría de corresponsales de guerra durante el conflicto que enfrentó a los españoles entre 1936 y 1939. Supongo que unas dificultades similares a las que se habrán encontrado otros periodistas que han cubierto la información de posteriores contiendas bélicas. Lo que ocurre es que en la guerra civil española coincidieron los más prestigiosos corresponsales extranjeros de la época y algunos escritores de renombre, habida cuenta del interés que suscitó el golpe militar contra la República en pleno auge del fascismo en Europa. Y esto, probablemente, dio mayor proyección internacional a las vicisitudes que encontraron a la hora de informar. En cualquier caso, se vieron obligados a superar mil avatares para buscar historias humanas, escribirlas y, finalmente, difundirlas. Tarea nada fácil porque, según recuerda Preston, la censura era implacable. Sin duda, por parte de ambos bandos. Y si alguien osaba burlar esa censura, se exponía a acabar sus días ante un pelotón de fusilamiento.

Louis Fischer, George Steer, Jay Allen y otros muchos se consagraron como auténticos reporteros, con sus historias reales sobre el drama humano, bien en el frente de batalla, bien en la retaguardia. Como testigos privilegiados narraron todo lo que vieron: los duros combates en las trincheras, el hambre que padecía una población sometida a continuos asedios, las matanzas indiscrimi-

nadas, los saqueos de pueblos enteros. Algunos de ellos contaron desde dentro el bombardeo de Guernica, preludio de la barbarie que asolaría Europa. Y su relato ha contribuido a conocer mejor nuestra historia más reciente. Fueron y son un ejemplo para quienes hemos elegido el honroso trabajo de informar, de ser testigos directos de nuestro tiempo. Y deben ser referencia, sobre todo, para quienes nos hemos puesto como compromiso personal narrar lo presenciado durante cincuenta años de terrorismo etarra.

Aquí, en tierras vascas y navarras, durante el último medio siglo, no ha habido una guerra como tal, formalmente declarada, porque no ha habido dos bandos enfrentados. Y tampoco ha habido hambre ni miseria de una población asediada. Afortunadamente. Pero sí han coincidido muchas de las peores circunstancias que concurren en las guerras más crueles y despiadadas. Sí, porque no se ha dado una delimitación del frente de batalla. Ni tan siquiera de la retaguardia, donde la población civil y, en particular, mujeres, niños y ancianos pudieran encontrarse más o menos a salvo del fuego a discreción. Y, además, muchos ciudadanos se han convertido en enemigos sin saber que lo eran, porque a nadie declararon la guerra, ni estado alguno lo hizo en su nombre. Han sido dianas en movimiento simplemente porque pensaban de una manera diferente o ejercían determinada profesión. Aquí, en Euskadi y el Viejo Reino, el enemigo podía estar en la esquina, camuflado en el barrio y, también, aguardando en la puerta de tu casa. Invisible. Enemigo no declarado, disfrazado de vecino del tercero, de dependiente del comercio de toda la vida, o de camarero del bar de las patatas bravas. Aquí, en tierras vascas y navarras, ese enemigo agazapado entre la población, en el piso de arriba, o en el de abajo, no buscaba prisioneros, ni respetaba a los heridos provocados por su fuego cobarde. Por tanto, de nada hubiera servido enarbolar banderas blancas, hacer sonar las alarmas y ponerse a cubierto en los refugios.

Aquí, en Euskadi, no ha habido corresponsales de guerra, como en el conflicto que enfrentó a los españoles en el 36. Correspon-

sales de guerra que, una vez concluido su trabajo, siempre heroico, podían abandonar el campo de batalla y regresar a sus países o a otro escenario. Probablemente con alguna cicatriz en el cuerpo y, seguro, con profundas heridas en el alma. Pero al final retornaban a casa, con los suyos.

En tierras vascas y navarras, durante este medio siglo de terror, ha habido corresponsales, a secas. O redactores. Sin salvoconductos, ni chalecos antibalas ni cascos protectores. Cada jornada, tras finalizar el trabajo, volvían a casa, sin saber si estaban cerca o lejos del frente. Sin ser conscientes de que podían estar en la línea de fuego de ese enemigo invisible. Y al día siguiente, de nuevo, a trabajar, para, concluida la jornada, regresar otra vez con los suyos. Sí, con los suyos, seres queridos involucrados, sin desearlo, en esta guerra no declarada. No ha habido banderas blancas ni retaguardias. No ha habido prisioneros. No ha habido amenaza de fusilamiento. Sin más, quienes han osado burlar a los censores de esta guerra sucia han sido condenados a muerte. En tierras vascas y navarras no ha habido una guerra convencional. Pero sí se han dado algunas de sus peores circunstancias, porque en medio de un paseo muy transitado, a menudo, se ha colado un escenario de guerra con vehículos convertidos en amasijo de hierros calcinados, cadáveres esparcidos en aceras y calzadas, y tardíamente cubiertos con sábanas blancas. Y mutilados pidiendo auxilio.

Y, como en las guerras, aunque no la haya habido, aquí, en Euskadi y en Navarra, se ha impuesto una censura atroz y salvaje. Ha habido inquisidores. Qué bien han desempeñado este papel las gentes de Herri Batasuna, de KAS, de Jarrai. Y sus herederos. Ha habido también siniestras oficinas, donde *gestapos* o *kgbs* se han dedicado a elaborar partes e informes sobre los «excesos» de una prensa que ha aspirado, también en los momentos más críticos, a ser libre. Qué bien han desempeñado ese papel las gentes de *Egin* o *Gara*. Con sus partes diarios, poniendo en la diana a periodistas de *El Diario Vasco*, *El Correo*, *Diario 16*, *El País*, *El Mundo*, *La Razón*, *ABC*... Cadenas de televisión, emisoras de radio. Porque fabricar

noticias falsas, en las que se afirma que numerosos periodistas, con nombres y apellidos, están en nómina del Ministerio del Interior y cobran de los fondos reservados, eso es redactar condenas de muerte y remitirlas a ETA para que las ejecute. Como lo es asegurar que determinados periodistas asisten a interrogatorios en los que se somete a tortura a etarras detenidos. Ese ha sido el papel de los censores, advertir que o se está con la diosa del hacha y la serpiente o contra ella. La guerra civil tuvo sus siniestros censores. El terror provocado por ETA a lo largo de cincuenta años, también.

APAGÓN INFORMATIVO

ETA, con su censura, ha buscado un apagón informativo para distorsionar sus atrocidades, para tapar mil escándalos. Ha buscado, a través de la amenaza, silenciar a todo aquel que se mostrara dispuesto a ser testigo de la barbarie y denunciarla. Y si la amenaza no surtía efecto, se ha propuesto sellarle la boca para siempre. A veces, desgraciadamente, con fortuna. Solo ha reservado palco de prensa a su legión de escribientes, mercenarios, cómplices y, también, a timoratos o buscavidas. ¿Cabe mayor corrupción que financiar, con el dinero obtenido en secuestros y extorsiones, la actividad de Herri Batasuna y otros grupos afines? Mayor no, pero similar, sí: subvencionar medios de comunicación. O incluso elegir a su director y subdirectora, como ocurrió en 1992, cuando ETA colocó al frente de *Egin* a Xabier Salútregi y Teresa Toda.

La represión desplegada por ETA para amordazar a los medios de comunicación se ha visualizado, con la máxima precisión y nitidez, cuando sus comandos han atentado contra algunos periodistas. Pero más allá de estos casos, muchos corresponsales, redactores, sufrimos en el día a día la amenaza y la coacción. Pintadas cerca de casa o del trabajo —«El próximo serás tú», señalaban días después de un asesinato—; sobres con una bala en el interior, depositados en el buzón —«Una como esta está reservada para tu nuca, date por muerto»—; llamadas telefónicas que irrumpían en

la noche, en casa, para amenazarte de muerte y amedrentar a la familia —«Vete de Euskadi si es que no quieres que te hagamos callar para siempre»—; carteles con nombres de periodistas sobre una diana —«A mentir a España, puto *txakurra* de la pluma»—.

En un caso u otro, la libertad de expresión en Vascongadas ha estado mermada durante las últimas décadas. Y por ello han quedado algunos agujeros negros, lugares opacos. Sí, hay episodios oscuros en la historia reciente de Euskadi. Será muy difícil que algún día alguien arroje luz. ¿Cuántos alcaldes de Herri Batasuna adjudicaron a dedo proyectos a cambio de que el empresario beneficiado pagara una comisión destinada a ETA? Porque también aquí hubo un «tres por ciento» destinado a comprar armas y explosivos.

Louis Fischer, George Steer, Jay Allen y otros muchos corresponsales que cubrieron la guerra civil española deben ser un ejemplo para los periodistas que hemos sido testigos directos y presenciales de cuanto ha ocurrido en el País Vasco y Navarra durante medio siglo de terrorismo etarra. Si aquellos narraron lo que vieron con sus propios ojos en las trincheras, o en la retaguardia, nosotros deberemos recordar con todo detalle las atrocidades perpetradas por ETA en calles y plazas. Y, por supuesto, denunciar las actividades cómplices llevadas a cabo desde siniestras oficinas de Herri Batasuna, corruptos despachos de abogados, tenebrosos consejos de redacción y un sinfín de cloacas distribuidas a lo largo y ancho de tierras vascas y navarras. Relatar todo esto, más allá de lo que quedó reflejado en las crónicas del día a día, debe ser nuestro compromiso para que estas y futuras generaciones sepan, estudien, algunos de los pasajes más negros de nuestra historia reciente.

Fischer, Steer, Allen y otros muchos se implicaron con la causa de la República al entender que con ello se comprometían en la lucha por la libertad y la democracia frente al auge del fascismo. Quienes hemos sido testigos del terror provocado por ETA y sus cómplices debemos también involucrarnos en el relato, en la memoria histórica de esos años. Por justicia y para que a nadie coja

desprevenido la posibilidad de que algún nostálgico de los años de plomo tenga la tentación de tomar nuevamente el fusil y amasar la Goma-2.

El Estado de derecho ha derrotado a ETA. No permitamos que ahora sus herederos ganen la batalla del relato. Una batalla complicada. Los devotos de la diosa del hacha y la serpiente ya se han movilizado para elaborar sus particulares escrituras. Quieren distorsionar la historia más reciente, blanqueando sus capítulos más negros. Y el régimen nacionalista, que consintió demasiado, pretende imponer su *ley del olvido*, en aras de una reconciliación imposible si aquellos que han asesinado, secuestrado o amenazado no piden perdón y restituyen el daño causado a tantas víctimas. Contra la amnesia inducida, nada mejor como antídoto que el relato veraz.

EL ESCENARIO

UN PUZLE HECHO

CON PIEZAS DE TERROR

Verano de 1979. San Sebastián. Ocho y media de la mañana de un lunes. Podía ser también un martes, un miércoles, o un jueves, o un viernes. En la parada situada a la altura del número 15 de la avenida de Sancho el Sabio, donde resido, aguardo la llegada del autobús Amara-Gros que me llevará a las inmediaciones de la calle José María Soroa. Allí se ubica el impersonal, feo y triste edificio que acoge el vespertino *Unidad*, en cuya redacción trabajo.

En la acera de enfrente permanecen, tensos, con el dedo acariciando el gatillo del cetme, dos jóvenes soldados. Miran a un lado y a otro, inquietos. Están cumpliendo el servicio militar. Cómo se ve que no obtuvieron enchufe cuando fueron llamados a filas. El destino es de alto riesgo. Vigilan uno de los portales del inmueble donde viven o, mejor, malviven oficiales del Ejército con sus familias. En cuanto salga el mando, al que esperan impacientes, lo escoltarán en *jeep* hasta destino: el Gobierno Militar, o el cuartel de Loyola. La imagen se repite ante mis ojos prácticamente todos los días.

Ya sale. Es un teniente coronel. Presuroso, sube al vehículo oficial, que de inmediato se pone en marcha. Al menos, por esta vez, ha superado el corredor de la muerte, ese corto trayecto entre el portal y el coche. Observo una silueta que atisba desde una

ventana de la segunda planta. Será su esposa, quizá una hija encomendándose a su fe. Un instante más ganado a la vida. Pero ese mismo mando militar tendrá que regresar por la tarde a su casa. Y esa incertidumbre se repite el martes, miércoles, jueves, viernes... Y, después, otra vez la rutina. ¿Cómo es posible convivir, día a día, con la muerte tan cercana, rondando tu propia casa?, me pregunto mientras espero el autobús.

Cada vez que me encuentro ante esta escena veo con gran nitidez al mando militar, a los soldados que lo escoltan; incluso distingo con claridad la sombra que se proyecta tras la cortina, la de esa angustiada mujer que contiene el pánico día a día. Son figuras que se sitúan en un primer plano y contrastan con el resto de transeúntes o automovilistas que en ese momento se mueven por la zona, a los que veo difuminados. Unos son los protagonistas de este drama y los otros, como mucho, personal de relleno, cuando no meros objetos del decorado. Este es el reflejo de lo que ocurre en esta tierra, en este escenario marcado por el nacimiento, hace ya veinte años, de Euskadi Ta Askatasuna (ETA).

Cómo iba a imaginar, mientras sigo aguardando en la parada, que de ese mismo portal saldría algo más de un año después, el 13 de octubre de 1980, el teniente coronel de Ingenieros Lorenzo Motos Rodríguez, de 61 años, para no volver más.

13 de octubre de 1980: No trabajo en Unidad desde su cierre el pasado mes de febrero. Y en cuanto conozco la noticia del asesinato de Lorenzo Motos me viene de inmediato a la memoria la imagen de aquel portal que algunos mandos del Ejército cruzaron para entrar en el corredor de la muerte. El teniente coronel ha sido tiroteado después de detener su vehículo ante un semáforo en rojo, en la plaza Araba, a muy pocos metros de su domicilio. Deja viuda y siete huérfanos, escucho en la radio. Y se me ocurre que probablemente su esposa le ha despedido también desde la ventana, con pánico contenido. Y recuerdo entonces que también había residido en ese edificio el coronel de Infantería retirado Diego Fernández-Montes Rojas, muerto el 17 de diciembre de 1978, tras ser acribillado a las puertas de la Delegación de Cultura, donde trabajaba. Dejaba viuda y nueve huérfanos.

Y en los años siguientes salieron unos cuantos más, para no regresar. Como siga tardando tanto el autobús voy a llegar al cierre...

La avenida de Sancho el Sabio, tres manzanas a cada lado, no es tan larga, pero tiene grabadas demasiadas huellas del zarpazo terrorista. Es un puzle que los pistoleros de ETA han ido completando, pieza a pieza, hasta trazar un gráfico de terror, en tonos rojos, de sangre, demasiada, y negros, de capuchas, subfusiles automáticos y humo. Como otras tantas calles y plazas del País Vasco y Navarra. Y de otras regiones de España.

Y quién me iba a decir, mientras espero ese autobús que se demora ya demasiado, que apenas un mes después del asesinato de Motos, el 17 de noviembre de 1980, un nutrido comando de ETA político militar asaltaría las oficinas del subsector aéreo del Ejército del Aire, ubicadas en el primer piso del número 17 de la avenida de Sancho el Sabio, el portal contiguo al mío.

17 de noviembre de 1980. Nada más enterarme del asalto, recopiló datos: todos los días, el portero, Dionisio, lleva a los soldados de guardia el desayuno procedente de una cafetería próxima. En esta ocasión los centinelas también comprueban por la mirilla que es él y le abren la puerta confiados. Pero tras Dionisio se ocultan los terroristas que, sin dificultad, encañonan a todos. Que la acción terrorista se haya producido tan cerca de mi casa me impresiona. La instalación, desprovista de vigilancia adecuada, da, pared con pared, con mi dormitorio. Y es cierto que me han despertado algunos ruidos extraños, pero cómo iba a suponer que en ese momento un grupo numeroso de etarras se están llevando un auténtico arsenal.

De la misma manera, quién me iba a decir que en esa avenida de Sancho el Sabio, cerca del número 18, sería asesinado, el 26 de marzo de 1982, el delegado de Telefónica Enrique Cuesta. Otra acción cobarde y sencilla. Para dejar completamente indefensa a la víctima buscada, los terroristas disparan primero contra el escolta, Antonio Gómez, que fallece cinco días después como consecuencia de las gravísimas heridas. La última pieza que completa este siniestro puzle diseñado en la avenida de Sancho el Sabio la pone ETA el 8 de junio de 1995, cuando dispara contra el inspector de

Policía Enrique Nieto, que fallecería el 19 de octubre, sin salir del coma.

ASENTAMIENTO DE «TERRITORIO TXEROKI»

Cuánto faltaba aún por ver. Y por sufrir. Este verano de 1979 tengo 23 años y hago prácticas en *Unidad*, vespertino integrado en los medios de comunicación del Estado. El miedo generado por Euskadi Ta Askatasuna ya se ha extendido entre el pueblo vasco como un tumor maligno, favorecido por la vulnerabilidad de un Estado que transita de la dictadura a la democracia; alimentado por la complicidad política que mantiene el nacionalismo con quienes han optado por la «lucha armada», y, muy especialmente, propagado por la colaboración activa con la banda de un elevado número de miserables. En 1979 ETA causa 80 muertos y en 1980 la cifra sube a 98. En el siniestro *ranking*, ambos años figuran en cabeza en cuanto a víctimas mortales. Y eso que la organización criminal aún no utiliza el coche bomba. Pero ya ha enviado a algunos de sus pistoleros a Colombia para que los narcoterroristas los adiestren en su preparación y empleo. Se suman así a los etarras que ya hacen prácticas en campos de entrenamiento de Yemen, Argelia... Es la banda de *Josu Ternera*, la de Arnaldo Otegi; la que acaba de despreciar la Amnistía.

Desde hace ya unos años, muchos ciudadanos del País Vasco y Navarra han cerrado puertas y ventanas de sus casas, han bajado persianas. No quieren ver al vecino del quinto partir hacia el exilio; evitan mirar las pintadas hechas junto al portal por la mano cobarde del anónimo, que acusa, sin pruebas, de chivato o traficante de drogas al señor que vive en el tercero. Prefieren ahorrarse la visión del comerciante de la esquina, el de toda la vida, tendido en el suelo en medio de un gran charco de sangre. Mejor, en todo caso, observar las imágenes en televisión, enterarse de lo ocurrido a través del periódico porque así las noticias parecen lejanas. Ya escampará el temporal, se dicen en posición de brazos cruzados para aliviar

malas conciencias mientras la fuerte lluvia de plomo, los rayos y truenos de amosal arrecian con fuerza, provocando víctimas, estragos y un interminable éxodo entre quienes, hasta anteayer, eran sus amigos o conocidos.

La parte vieja de San Sebastián se ha convertido ya en campo de prueba para la guerrilla urbana. Luego exportada como *kale borroka* a todos los rincones del País Vasco. Los antidisturbios de la Policía Nacional no pueden acceder al casco antiguo para perseguir en caliente a los terroristas callejeros. Los vecinos les han llegado a lanzar desde las ventanas de sus casas bombonas de butano, aceite hirviendo... Hasta una lavadora. Y, total, ¿para qué arriesgarse? Los *borrokalaris*, tras incendiar autobuses, coches, tras destrozar mobiliario urbano, se refugian en bares de las calles Mayor, Embeltrán, Esterlines, Narrica, Fermín Calbetón. Allí siempre hay un camarero cómplice que, de inmediato, les sirve muy poco *kalimotxo*, de manera que si irrumpen los agentes exhiben sus vasos con escasa consumición.

—No hemos estado en la *manifa*, llevamos aquí mucho tiempo —se justifican con la coartada cubierta por los responsables del bar.

La parte vieja donostiarra es «territorio txeroki».

El pánico a una banda omnipresente provoca escenas propias de un sainete si no llega a ser porque en este escenario, muchas veces, se dispara con fuego real.

—Arconada, Zamora, Satrústegui, López Ufarte... Es la hostia, tenemos el mejor equipo del Estado —cuchichea alguien de la cuadrilla, en cualquier bar de la parte vieja donostiarra.

—¿Cómo dices? —se afana en oírle el resto.

Pero el amigo se mantiene en el tono bajo, no vaya a ser que alguien, cerca, escuche la conversación y se entere de que este hincha no ha citado entre sus jugadores preferidos a Diego o a Idígoras, y se vaya a liar la de Dios es Cristo. Todo ello es reflejo de una sociedad sometida a la ley mordaza, inercias de un pueblo que no

se atreve a expresarse abiertamente. Ni siquiera cuando habla de fútbol. Y eso que esta tragedia no ha hecho más que empezar.

Cuánto faltaba aún por ver. Y por sufrir.

PRIMERA PARTE
LOS AÑOS DE CRUDO INVIERNO

CAPÍTULO 1

FUSILADOS EN LA NOCHE DE REYES

6 de enero de 1979. Los familiares de Antonio y Hortensia viven en Tarifa y San Roque, respectivamente. Son gentes con mucho arraigo en tierras gaditanas. Y gentes de fuertes tradiciones. Probablemente acaban de dejar todo dispuesto para la llegada de los Reyes Magos. En ambos hogares se respira austeridad, y mucha ilusión. Y que dure mucho.

Pero no dura nada. La tragedia más cruel irrumpe de forma inesperada en la noche mágica. A eso de las tres y media de la madrugada han recibido esa noticia procedente de Vascongadas, que muchos temen y que nadie quiere escuchar. Con el paso de los años, esa llamada, muchas veces a horas intempestivas, ha ido adoptando el formato de protocolo, de tantas veces que se repite:

¿Es usted la madre de Antonio?, mire, me pongo en contacto con usted para informarle... Su hijo ha muerto por España. Es un héroe... Perdone, ¿ese es el domicilio familiar de Hortensia? Lo siento... Hace unos minutos... Los acompaño en el sentimiento... Estamos a su entera disposición para lo que necesiten...

Y llanto al otro lado del hilo telefónico. Pocas palabras, mucho llanto, más dolor, y viaje al País Vasco para acompañar el regreso de Antonio y Hortensia a su tierra gaditana, esta vez en cajas de madera de pino.

Antonio llevaba tres años destinado en Villafranca de Ordicia, en la Agrupación de Tráfico. Ambos se habían conocido cuando

Hortensia se alojó unos días en casa de su hermana, casada con otro guardia civil destinado en el mismo puesto.

Mediodía de una jornada mágica convertida en trágica. Estoy con un grupo de amigos a las puertas de la catedral del Buen Pastor, en el centro de San Sebastián. María se muestra consternada. Nos iba a presentar a un conocido, Daniel, guardia civil, pero no ha podido ser. Están todos movilizados por la muerte de un compañero del instituto armado, Antonio Ramírez, de 24 años, y de su novia, Hortensia González, de 20. Esta madrugada un comando de ETA ha acribillado a la jovencísima pareja en la localidad de Beasain.

—Podíamos haber sido Daniel y yo. También salimos a divertarnos a menudo —nos cuenta visiblemente emocionada.

—¿Cómo ha sido?

Sí, preguntamos porque hasta ese momento no sabíamos nada. Por la hora en que han ocurrido los hechos la noticia no ha debido entrar en los periódicos de esta mañana. Y, claro, los ciudadanos no hablan de esto. Cómo van a hablar. Hoy, además, tienen excusa porque es festividad de Reyes. Así que quienes tienen hijos pequeños han salido a pasear por La Concha, la avenida de la Libertad o el Boulevard cargados de patinetes, bicis con rodines, coches teledirigidos o *nancys*. Y quienes no los tienen, se estarán pateando ya lo viejo tomando *pintxos* y potes a mansalva.

—A eso de las dos y cuarto de la madrugada—nos cuenta María— los dos salían de una discoteca de Beasain y Antonio ha cogido su coche para llevar a Hortensia a casa de su hermana. El vehículo no ha debido recorrer ni 200 metros cuando se ha tenido que parar ante una señal de stop. Y nada, dos tíos, situados en los laterales, han lanzado sendas ráfagas de metrallera. Después han huido. Se comenta que con la ayuda de otros dos terroristas.

Pues sí, por lo que cuenta, los han acribillado dentro del coche, sin posibilidad de escapatoria alguna. Tan indefensos como quien aguarda la muerte ante el pelotón de fusilamiento, de espaldas al paredón, con las manos atadas atrás y los ojos vendados. *Gora Eus-*

kadi askatuta. Así se libera un país, masacrando a dos jóvenes de 24 y 20 años. Qué digo jóvenes, adolescentes.

—Se iban a casar pronto. Probablemente irían comentando los preparativos de la boda cuando los han asesinado —sigue María con su relato.

MEDIA HORA SONANDO EL CLAXON

Sí, se iban a casar. Pero la intensa lluvia de plomo que acaba de caer sobre ambos ha truncado todas sus ilusiones, y las de sus familiares. Han disparado con saña, con un odio que no se ve ni en el campo de batalla de la guerra más cruel. La muerte de Hortensia no ha sido un «daño colateral», ese eufemismo que a menudo se utiliza con tanta hipocresía. Su joven cuerpo ha quedado destrozado, irreconocible, tras recibir el impacto de diez proyectiles, dos más que su novio.

—Dicen que el cuerpo de Antonio se ha desplomado sobre el volante presionando el claxon, que ha estado sonando durante media hora sin que nadie se acercara para auxiliarlos.

¿Nadie? Pues en el silencio de la noche, una bocina sonando incessantemente durante treinta minutos despierta a vecinos, alerta a los perros, que no dejan de ladrar. En fin, sobresalta a todo un barrio. Pero aquí, no. Y el sonido atronador de varias ráfagas de subfusiles automáticos también alboroz a un vecindario que duerme. Pero aquí, por lo que se ve, no. Hay quienes han subido despacio la persiana, no del todo, y han mirado de refilón. Buf, vaya panorama.

—Iñaki, cierra, no te vaya a ver alguien —habrá dicho la mujer.

Pasean por las calles de Beasain algunos rezagados que demoran su regreso a casa para proseguir la parranda. También ellos escuchan el sonido del claxon. Se acercan al coche y ven los numerosos impactos de bala en la carrocería, un coladero, y añicos de cristales esparcidos por el suelo. Pierden las ganas de continuar la juerga —por miedo, no por duelo— y emprenden el repliegue precipitado hacia sus hogares. Ahora sí. No importa que a más de

uno le haya parecido ver en el interior del vehículo dos cuerpos inermes.

—Alguien les ha disparado, pero nosotros no tenemos la culpa.

—Esto no va con nosotros. Quizá he visto visiones. Me ha sobrado la última copa.

Y al poco rato, de nuevo el ruido de persianas, que ahora bajan, y ventanas, que ahora cierran. Se apagan las últimas luces en los hogares de Beasain, y todos a dormir. Pero sigue sonando el claxon y más de uno habrá tenido que ocultar la cabeza bajo la almohada. La conciencia, a muchos en esta tierra, sí, deja dormir. Pero es que ese dichoso ruido... qué molesto.

Al cabo de media hora, tres jóvenes ven el coche destrozado y se apresuran a extraer los cuerpos de la pareja para llevarlos en un vehículo al hospital San Miguel, donde certifican su muerte. ¿Habrán tenido una prolongada agonía? ¿Habrá sobrevivido él a ella algunos minutos? ¿O ella a él? Qué solos se habrán sentido.

Seguro que, tras cometer la masacre, los autores se han ido a la cama, de puntillas, no vaya a ser que los sorprendieran en vela los Magos de Oriente. Y a media mañana, tan felices, habrán desenvuelto sus regalos con las manos aún manchadas de sangre.

—Hostias, un chubasquero, justo lo que quería. *Eskerrick asko, amá.*

—Joder, cago en... la mochila y el saco de dormir. ¡Ahí val, y el *kaiku* de cuadros negros y verdes. ¿Cómo lo sabías? *Eskerrick asko, aitá.*

Entre tanto, el hospital militar de San Sebastián, situado junto al campo de fútbol de Atocha, se dispone a acoger la capilla ardiente de ambos jóvenes. Allí se espera la llegada de los familiares de Antonio y Hortensia. Querrán despedirse de ellos, besar sus rostros de mármol... Pero estarán completamente desfigurados... Otro sufrimiento que se añade al dolor.

LOS ASESINOS, GENTE DEL PUEBLO

¿Quiénes habrán hecho esta canallada? ¿Y quiénes les habrán pasado la información precisa y puntual para llevarla a cabo? Seguro que gente de Beasain. O quizá de Villafranca de Ordicia. O de Ataun, Legorreta, Lazcano. Qué más da, al fin y al cabo, alguien del pueblo. Del pueblo vasco. Alguien que se ha estado tomando una copa a su lado, los ha visto abandonar la discoteca y ha salido con ellos. Ha avisado a los integrantes del comando, que debían estar muy cerca, y se han apresurado a ejecutar la masacre. Los habrían vigilado en alguna ocasión anterior, porque sabían que iban a pasar por ahí, y a esa hora. Nadie aguarda en una esquina un tiempo indefinido con dos subfusiles automáticos sin tener la certeza de que los va a utilizar de inmediato.

¿Se habrán beneficiado de la amnistía general promulgada hace algo más de un año, el 15 de octubre de 1977? Ese alarde de generosidad de nuestra democracia, que ha vaciado las cárceles de terroristas de ETA y ha olvidado los crímenes de quienes aún se encuentran en libertad. ¡Cómo han engañado! Estuve en una de las manifestaciones a favor de la amnistía celebrada en Pamplona, allá por el año 1976 cuando estudiaba Periodismo en la Facultad de Navarra. Fui por curiosidad, pero allí, en el céntrico paseo Sarasate, había mucha gente de buena fe, queriendo pasar página y abrir un nuevo capítulo de reconciliación. Recuerdo que nada más comenzar la marcha, los autodenominados «guerrilleros de Cristo Rey», que se habían mezclado entre la multitud, sacaron porras, cubiertas con los colores de la bandera de España, y repartieron golpes a diestro y siniestro sin control alguno. Los terroristas que han asesinado a Antonio y Hortensia se obstinan en dar a aquellos fachas una razón que no tienen.

Cinco de la tarde. En el mismo hospital militar se celebran los funerales por Antonio y Hortensia. Los familiares no quieren abrir la intimidad de la ceremonia al pueblo vasco que ha dejado morir, que ha abandonado en su agonía a los dos jóvenes. No quiere abrir